



La transferencia

Desde Freud a Lacan

Eugenia Martínez Morales, 5.483.093-0
rhenna.emm@gmail.com

Docente tutor: Marcelo Novas
Revisor: Gonzalo Grau

Montevideo, Uruguay
2021

Índice

Resumen.....	1
Introducción.....	2
El problema de la transferencia.....	3
La transferencia en Freud.....	5
La transferencia en Lacan.....	14
Deseo del analista.....	29
Conclusiones.....	31
Bibliografía.....	34

Resumen

El presente trabajo final de grado se propone analizar el concepto de transferencia en el psicoanálisis, realizando un recorrido histórico por la obra de Sigmund Freud para luego pasar a la conceptualización de Jacques Lacan.

En un primer momento se analiza el problema que suscita el concepto de transferencia, pues el mismo no posee un consenso dentro del psicoanálisis.

Posteriormente, se realiza un recorrido histórico por los desarrollos de Sigmund Freud, partiendo del emblemático caso de Anna O. Este recorrido importa en la medida en que marca distintos recorridos posibles en cuanto al acento que se le otorga al concepto en desarrollos posteriores.

Luego, se realiza un pequeño recorrido por distintos momentos de la obra de Jacques Lacan. Es importante señalar que su pensamiento en relación al concepto de transferencia se ha ido modificando, por lo que en este trabajo se realiza un recorte del mismo. Se utilizan los textos de *Intervención sobre la transferencia* de 1951, el seminario *La transferencia* impartido entre 1960-1961 y el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de 1964.

En la parte final se analiza el concepto de “deseo del analista” propuesto por Jacques Lacan y su impacto en la clínica analítica.

Palabras clave: Psicoanálisis – Transferencia – Deseo del analista

Introducción

El presente trabajo se enmarca dentro del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en psicología de la Universidad de la República. Implica una instancia de reflexión e investigación alrededor de una temática en particular, no solo en relación a lo académico sino también a una interrogante personal.

Esta monografía surge en relación a varias preguntas. Por un lado, las que se relacionan más con lo académico: ¿la transferencia es solo repetición? ¿A qué refiere el amor de transferencia? ¿Es posible impedir que la subjetividad del analista se cuele? ¿El análisis personal y la supervisión son garantía de ello? Por otro lado, surgieron preguntas en relación al deseo del analista, desde qué implica el concepto en sí mismo hasta qué es eso que lleva a un analista a ser un analista. Esta idea, con un tinte subjetivo, se fue desarmando sobre el final del trabajo, entendiendo que ese enfoque no hace al concepto trabajado por Lacan.

Para poder trabajar en relación con estas interrogantes, el trabajo se divide en cuatro partes. En un primer momento se trabaja la problemática que acarrea el mismo, ya que no existe un consenso dentro del psicoanálisis de lo que implica la transferencia. En un segundo momento se realiza un recorrido histórico por los distintos textos freudianos que refieren a la temática, partiendo del emblemático caso de Anna O. En un tercer momento se trabajan algunos textos y seminarios de Jacques Lacan comprendidos entre 1951 y 1964, realizando de esta forma un recorte arbitrario alrededor de su enseñanza. Por último, el trabajo finaliza con el concepto de “deseo del analista” propuesto por Lacan.

El problema de la transferencia

El concepto de transferencia no es un concepto exclusivamente del psicoanálisis, sino que, por el contrario, pertenece a variadas disciplinas. En un sentido general posee un significado “parecido al de transporte, pero que implica un desplazamiento de valores, de derechos, de entidades, más que un desplazamiento material de objetos” (Laplanche & Pontalis, 2016, pp. 439). La psicología incluso utiliza el término en cuestión en diversos sentidos como “transferencia sensorial”, “transferencia de sentimientos”, “transferencia de aprendizaje y hábitos” (Laplanche & Pontalis, 2016, pp. 439).

La Real Academia Española (2019) define a la transferencia como:

1. f. Acción y efecto de transferir.
2. f. Operación por la que se transfiere una cantidad de dinero de una cuenta bancaria a otra.
3. f. Psicol. y Psiquiatr. Evocación de los afectos y emociones de la infancia que se produce en toda relación humana, y con más intensidad en la psicoterapia.
4. f. Psicol. y Psiquiatr. En el psicoanálisis, ideas o sentimientos derivados de una situación anterior, que el paciente proyecta sobre su analista durante el tratamiento, del que es parte esencial.

Dentro del psicoanálisis no existe un consenso sobre lo que significa la transferencia específicamente, utilizándose “de formas diversas como “la transferencia”, “una transferencia”, “transferencias”, “estado de transferencia” y, a veces, como “relación analítica” (Macalpine, 1950, pp. 232). De esta forma, es que existen definiciones que se centran en distintos aspectos de la misma e incluso se contraponen entre sí. Ida Macalpine (1950) pone en evidencia las diferencias sobre la concepción de la transferencia dentro de las distintas escuelas psicoanalíticas, y la falta de consenso que existe al poder definirla. Se realiza una serie de preguntas que ponen en evidencia las diversas formas que existen para definirla:

- “¿Abarca la transferencia la totalidad de la relación afectiva entre el analizante y el analista o sólo las manifestaciones más restringidas de la neurosis de

transferencia?” (pp. 232) alegando que incluso el mismo Freud la ha utilizado en ambos sentidos.

- “¿Puede ajustarse la transferencia a la realidad o bien son ambas mutuamente excluyentes y, por lo tanto, un hecho sólo puede corresponder a una o a otra?” (pp. 233).
- “¿Debe, entonces, el término compulsión a la repetición ser desestimado o conservado? Y si es conservado ¿es aplicable a todas las reacciones transferenciales, o sólo al acting out?” (pp.234).
- “¿la transferencia es consecuencia del trauma, el conflicto, la represión y exclusiva del neurótico, o es normal?” (pp. 234).
- “¿Qué se transfiere: afectos, emociones, ideas, conflictos, actitudes, experiencias?” (pp. 235).
- “¿Se transfiere todo esto a la persona del analista o también a la situación analítica? ¿Ha de ser clasificada como transferencia la conducta extrapsicoanalítica?” (pp. 235).

En relación a esto, Laplanche y Pontalis (2016) visualizan una serie de problemas que han llevado a que la transferencia sea objeto de variadas discusiones. Los autores consideran que estos problemas son referidos a “la especificidad de la transferencia en la cura (...), la relación entre la transferencia y la realidad (...), la función (...), la naturaleza de lo que se transfiere” (pp. 440) .

La transferencia en Freud

Es innegable que domeñar los fenómenos de la transferencia depara al psicoanalista las mayores dificultades, pero no se debe olvidar que justamente ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes; pues, en definitiva, nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie (Freud, 1991, pp. 105).

I

A partir del famoso caso de Anna O. en 1882 es que se instala la problemática de la transferencia, aunque el concepto no surge con el psicoanálisis, sino que ha estado presente en todos los vínculos humanos entre al menos dos personas. Tenemos, por tanto, una “primera acepción de la transferencia, ligada fundamentalmente al falso enlace y a la resistencia, ya que este fenómeno - al obstruir la continuación del recorrido - impide arribar a la cura” (Álvarez, 2012, pp. 59).

II

En un segundo momento se la puede ubicar en el “*Fragmento de análisis de un caso de histeria*” (1905), surgiendo por medio del estudio que hace Freud de los motivos de su fracaso terapéutico. Dentro de la misma trabaja el concepto de la transferencia como resistencia, siendo la repetición parte de esta.

Considera que *las transferencias* son reediciones o recreaciones de mociones y fantasías que se vuelven visibles a medida que el análisis avanza. Se caracterizan por sustituir la persona del médico por una persona anterior, es decir, que “toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico”. (Freud, 1992, pp. 101)

III

En modo similar es que trabaja la noción en su artículo *Sobre la dinámica de la transferencia* de 1912, en donde se propone analizar cómo es que la misma se produce necesariamente dentro de la cura psicoanalítica. Adquiere dos connotaciones:

- 1) Por un lado, de *resistencia* y, por tanto, obstáculo dentro del desarrollo del análisis.
- 2) Por el otro, como *herramienta clínica* que el analista puede utilizar para resolver alguno de los conflictos neuróticos.

Pone de manifiesto que todos los seres humanos poseemos una especificidad determinada en el ejercicio de la vida amorosa, una cierta manera de “amar”. Esta forma es el resultado de disposiciones innatas y de influjos que la persona recibe en la infancia. Freud (1991, pp. 97) considera que la transferencia es dada por las condiciones de ese amor, las pulsiones que se satisfacen en esa forma de amar y las metas que se fijan en esa particularidad. Esto da por resultado lo que Freud denomina un *cliché*, y es aquello “que se repite —es reimpreso— de manera regular en la trayectoria de la vida, en la medida en que lo consientan las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos de amor asequibles” (Freud, 1991, pp. 97-98), aunque no se mantienen completamente inmutables.

Freud considera que una parte de estas mociones que determinan la vida amorosa han realizado un desarrollo psíquico pleno y, por tanto, se ha volcado hacia la *realidad objetiva*, consciente. Pero existe otra parte que no se ha podido desarrollar y, por tanto, se encuentra por fuera de la personalidad consciente y de la realidad objetiva, “y sólo tuvo permitido desplegarse en la fantasía o bien ha permanecido por entero en lo inconsciente” (Freud, 1991, pp. 98). Si esta forma de amar no es satisfecha por la realidad la persona se ve “obligada” a volcar todas sus expectativas hacia la nueva persona que aparezca, en donde participan ciertas partes de la libido tanto conscientes como inconscientes. Es normal que esta investidura libidinal *insatisfecha* se dirija hacia la figura del analista durante el proceso del tratamiento, y va a depender de los vínculos reales con el médico si esta seriación se fundamenta, por ejemplo, en la imago paterna, materna o de alguna hermana. Esto se debe a que la transferencia se apuntala generalmente sobre algo verdadero, en el sentido freudiano del término. Cuando las asociaciones de un paciente se detienen, es posible, según el consejo de Freud en este artículo, que esta parálisis se elimine “aseverándole que ahora él está bajo el imperio de

una ocurrencia relativa a la persona del médico o a algo perteneciente a él” (Freud, 1991, pp. 99).

Freud no considera que la transferencia se encuentre en mayor cantidad en el análisis que fuera del mismo, sino que ésta se encuentra incluso en la presencia de otros tratamientos. Lo que diferencia el análisis psicoanalítico de estos otros tratamientos es en la importancia que éste le da al fenómeno transferencial.

En el artículo, una de las preguntas que surge es en relación al por qué la transferencia surge en el tratamiento como la mayor fuente de resistencia. La explicación metapsicológica que se da es que para que toda neurosis surja como patología se necesita del proceso de *introversión de la libido* descrita por Jung, y la cura psicoanalítica va en la búsqueda de esa libido que se encuentra puesta en las imagos infantiles, tratando de hacerlas asequibles a la conciencia. En el rastreo del conflicto hasta su raíz en el inconsciente, se ingresa en una región donde la resistencia se observa con mayor nitidez y se hace más evidente. “Para liberarla es preciso ahora vencer esa atracción de lo inconsciente, vale decir, cancelar la represión {esfuerzo de desalojo} de las pulsiones inconscientes y de sus producciones, represión constituida desde entonces en el interior del individuo” (Freud, 1991, pp. 100-101). Este trabajo de la cura es, por tanto, una especie de *combate* en donde aquellas fuerzas que causaron la regresión de la libido se elevan como *resistencias*, que lo que buscan es conservar el estado neurótico existente. Este estado es una *formación de compromiso* de ambas fuerzas: consciente (aquella que apuesta por la “salud”) e inconsciente (que produce la “enfermedad”).

Para poder responder esta cuestión sobre la transferencia como resistencia, Freud clasifica a la misma de la siguiente manera:

1) Transferencia positiva, del cual se subdivide en:

1.1 Sentimientos tiernos, amorosos o amistosos, los cuales se dan a nivel consciente. Este punto no requiere ser analizado puesto que es considerado el motor por el cual el análisis psicoanalítico puede llevarse a cabo.

1.2 Sentimientos eróticos (a nivel inconsciente). En este punto es donde la resistencia puede observarse con mayor claridad, pues cuando el

vínculo se erotiza se elimina la parte analítica, generándose de esta forma la interrupción de las asociaciones.

- 2) Transferencia negativa: referida a los sentimientos hostiles que se puedan tener en relación a la persona del analista.

Para Freud en la neurosis el fenómeno se complejiza aún más, ya que se da una coincidencia de la transferencia positiva no erotizada y la negativa, generando que un mismo paciente habite sensaciones ambivalentes en relación a su analista.

IV

En *Recordar, repetir, reelaborar* (1914) Freud relaciona la compulsión a la repetición, la resistencia y la transferencia. Advierte que la transferencia “es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente” (Freud, 1991, pp. 152-153). Esto requiere que el analista se encuentre preparado para que el paciente se abandone a la compulsión de repetir que sustituye a la posibilidad de recordar. Cuanto mayor sea la resistencia, tanto más se sustituirá el actuar por el recordar, repitiendo “sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter (Freud, 1991, pp. 153), además de todos sus síntomas. De esta forma, su carácter de enfermo no debe tratarse en su condición histórica sino como un dominio actual, teniendo en cuenta que “mientras el enfermo lo vivencia como algo real-objetivo y actual, tenemos nosotros que realizar el trabajo terapéutico, que en buena parte consiste en la reconducción al pasado” (Freud, 1991, pp.153).

En el curso del tratamiento analítico, el hacer-repetir equivale a congregar a un fragmento de la realidad, y este hecho no implica que en todos los casos sea una tarea inofensiva y sin riesgo. En este punto es donde surge lo que Freud considera un *empeoramiento*, el cual es de carácter necesario y temporal durante el proceso terapéutico. También pueden repetirse mociones pulsionales nuevas, que se encontraban a mayor profundidad y aún no se habían abierto paso en el actuar del paciente. El analista buscará que su paciente recuerde y reproduzca en un ámbito psíquico:

Se dispone a librar una permanente lucha con el paciente a fin de retener en un ámbito psíquico todos los impulsos que él querría guiar hacia lo motor, y si consigue tramitar mediante el trabajo del recuerdo algo que el paciente preferiría descargar por medio de una acción, lo celebra como un triunfo de la cura (Freud, 1991, pp.155).

El recurso para dominar la compulsión a la repetición y transformarla en un motivo para recordar, reside en el manejo de la *transferencia*. Si se le permite dar rienda suelta a esa compulsión inocua y aprovechable, y “se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado” (Freud, 1991, pp.156), siempre y cuando se respete las condiciones que el tratamiento impone, estaríamos dándole a los síntomas un nuevo significado transferencial: *se sustituye la neurosis ordinaria por neurosis de transferencia*. Este nuevo tipo de neurosis puede ser curada en virtud del tratamiento analítico, por lo que posee un carácter temporal y al servicio de la cura. La repetición que se muestra en transferencia luego de vencida la resistencia, lleva a que los caminos del recordar sobrevengan con mayor facilidad. La derrota de la resistencia comienza por el acto de ser puesta al descubierto por la persona del médico, ya que el paciente no es capaz de discernirla como tal.

La transferencia crea así un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud del cual se cumple el tránsito de aquella a esta. El nuevo estado ha asumido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial asequible por doquiera a nuestra intervención (Freud, 1991, pp.156).

V

En *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* de 1915, Freud inicia explicando que las únicas dificultades que se les pueden presentar a los principiantes en psicoanálisis son los que están estrechamente ligados con la transferencia. Para ilustrar esta dificultad utiliza un caso muy frecuente como es el de una paciente mujer que se ha enamorado de su analista, agregando que los analistas no siempre están libres de cometer algún error en relación con su deber profesional. Para este ejemplo analiza tres posibles desenlaces:

- 1) “Uno más raro, en que todas las circunstancias consintieran la unión legítima y permanente de ambos” (Freud, 1991, pp. 164).
- 2) “Otro más común, en que médico y paciente se separarían, abandonando el recién iniciado trabajo que debía servir al restablecimiento, como si un accidente elemental lo hubiera perturbado” (Freud, 1991, pp. 164). En este punto, Freud destaca que el estado de la paciente requerirá de un segundo intento de análisis con otro médico, pero que el desenlace del enamoramiento y el ulterior abandono al tratamiento continuará repitiéndose.
- 3) Este desenlace Freud lo cataloga como aquel que parece más “conciliable con la prosecución de la cura: el anudamiento de relaciones amorosas ilegítimas, y no destinadas a ser eternas; pero lo vuelven imposible tanto la moral civil como la dignidad médica” (Freud, 1991, pp. 164).

Esta repetición que se suscita en el segundo punto constituye una de las bases de la teoría psicoanalítica, y la misma admite dos valoraciones:

- 1) significa un esclarecimiento al médico en materia de la *contratransferencia*, ya que debe discernir que este enamoramiento se le ha sido impuesto a la paciente por medio de la situación analítica y no por su persona.
- 2) Para la paciente implica dos posibles resultados: o bien renunciar a todo tratamiento psicoanalítico o aceptar este enamoramiento con la figura del médico como un destino inevitable.

Al principio de la situación analítica el médico puede observar signos de la transferencia amorosa en la paciente: una actitud dócil, una elevada inteligencia, una notable comprensión, una favorable acogida de las explicaciones del análisis. Cuando la paciente admite o recuerda un fragmento muy penoso o fuertemente reprimido de su biografía, estos signos desaparecen como por encanto. De esta forma, la paciente:

ha perdido de pronto toda inteligencia del tratamiento y todo interés por él, no quiere hablar ni oír más que de su amor, demanda que le sea correspondido; ha resignado sus síntomas o los desprecia, y hasta se declara sana. Sobreviene un total cambio de vía de la escena (Freud, 1991, pp. 165)

Esto puede deberse a la influencia de dos motivos que la complican: por un lado, derivan del enamoramiento, y, por el otro son *exteriorizaciones singulares de la resistencia*. La primera refiere al intento “de la paciente por asegurarse de que es

irresistible, por quebrantar la autoridad del médico rebajándolo a la condición de amado, y por todo cuanto pueda resultar atractivo como ganancia colateral de la satisfacción amorosa” (Freud, 1991, pp. 166). En cuanto a la resistencia, la misma aprovechará la declaración de amor para poner a prueba al médico, además de acrecentar el enamoramiento y exagerar “la buena disposición a la entrega sexual” (Freud, 1991, pp. 166).

Freud se pregunta de qué manera debe comportarse el analista para no fracasar ante esta situación. Postula que no se debe:

- 1) “Exhortar a la paciente (...) a sofocar lo pulsional, a la renuncia y a la sublimación” (Freud, 1991, pp. 167) considerando que esta forma de actuar no se relaciona con el obrar analítico además de ser un sin sentido, puesto que se llama a lo reprimido solo para reprimirlo nuevamente. Más adelante expresa que contra las pasiones los discursos pierden sentido, y que si este tipo de accionar es llevado a cabo lo que generará es un *desaire* en la paciente, provocándole fuertes deseos de venganza.
- 2) Afirmar que se corresponde a esos tiernos sentimientos esquivando lo referido a la consumación del acto sexual, hasta que la relación pueda guiarse por un camino más calmo. Esto no puede llevarse a cabo puesto que al llevar adelante un engaño de tal índole podría ser descubierto en este proceso, generando por tanto una pérdida de la veracidad del dispositivo montado. Además, el analista podría incluso terminar desistiendo ante los encantos que previamente se había propuesto no ceder.

Por tanto, Freud plantea que, ante esta demanda de amor, el analista debe “dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados” (Freud, 1991, pp. 168). Postula que *el analista no debe corresponder ante estos sentimientos amorosos*, ya que, sino la paciente estaría cumpliendo su meta, mientras que la derrota de la cura sería inminente.

Ella habría conseguido aquello a lo cual todos los enfermos aspiran en el análisis: actuar, repetir en la vida algo que solo deben recordar, reproducir como material psíquico y conservar en un ámbito psíquico. (...) esta vivencia penosa concluiría en el arrepentimiento y en un gran refuerzo de su inclinación represora (Freud, 1991, pp. 169).

Ante esta *demanda de amor el analista únicamente debe retenerla*, pero tratándola como *algo no real, producto del análisis y por la cual debe de atravesarse para alcanzar la cura*. Debe asegurarse de *desviarla*, de *ahuyentarla* y *abstenerse* de corresponder ante estos sentimientos.

Contratransferencia

Es un concepto que ha permitido pensar la posición del analista y su subjetividad a lo largo de la historia del psicoanálisis, siendo una referencia en “donde mejor aparece articulada la implicación del analista en la transferencia” (Leff, 2011, pp. 116). Según Laplanche y Pontalis (2016) la contratransferencia refiere al “conjunto de las reacciones inconscientes del analista frente a la persona del analizado y, especialmente, frente a la transferencia de éste” (pp. 84).

El término se inaugura en el 2º Congreso Internacional de Psicoanálisis que se realizó en Núremberg el 30 y 31 de marzo de 1910. En *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica* (1910) Freud plantea los cambios que serían de utilidad al dispositivo analítico, tanto en términos de saber cómo los relacionados con la técnica. Refiere que entre las innovaciones que refieren a la técnica se encuentra aquella que concierne a la figura del médico, la cual se denomina contratransferencia. La misma “se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente” (Freud, 1910, pp. 136), por lo que la técnica le exige que pueda percibirla y dominarla.

Desde este primer acercamiento se describe a la contratransferencia como “la respuesta emocional del analista a los estímulos que provienen del paciente, y se define como un obstáculo, una dificultad que se instala en la relación analista-paciente y que se hace necesario superar” (Tumas, s.f, pp.1).

El concepto se ha ido modificando a lo largo de la historia del psicoanálisis, llevando a distintas concepciones de cómo el analista debía de actuar en relación a lo que el paciente le transfería a su persona.

Gloria Leff (2011) señala que en los años cincuenta y principios de los sesenta, se generó una corriente en la International Psychoanalytical Association (IPA) que consideró a la contratransferencia ya no como un obstáculo sino como un instrumento privilegiado para la cura.

De tal forma, en el psicoanálisis proliferaron dos grandes formas de entender este concepto:

Por un lado, una de las corrientes subraya que aquellos sentimientos contratransferenciales respondían a emociones fuertes que se caracterizaban por ser inapropiadas, y que eran principalmente un estorbo en la búsqueda de neutralidad. Es importante subrayar la importancia de como los ideales de científicidad de la época marcaron la forma de entender este concepto, además de la forma en que el analista debía de comportarse. Por un lado, el acceso de la verdad y al objeto de estudio – el inconsciente – depende de una observación sin prejuicios y neutral, donde no intervengan las ideas, opiniones y posturas que el analista posea. Para no “infestar” con su propia subjetividad al paciente, el analista debe de “purificar” su inconsciente por medio de su propio análisis, y de esta forma se encontrará habilitado para ejercer su función de la forma más científica posible. Esto se sostiene en la noción freudiana de inconsciente, puesto que subraya la idea de que el mismo puede “manifestarse a partir de un acto personal – discursivo o no discursivo –, y todo lo que pueda ocurrir en otra persona será un hecho casual (...) y, en última instancia, un fenómeno inconsciente para ella” (Bonoris, 2016, pp. 37).

Por otro lado, aquellos que defienden las emociones que sobrevienen en el analista durante la cura propusieron una práctica que se sostiene “en la supuesta correlación entre la contratransferencia del analista y la estructura del paciente, sus pulsiones y sus defensas” (Leff, 2011, pp. 119). Según esta corriente, el analista es quien puede utilizar estas emociones como material para sus interpretaciones, ya que los sentimientos transferidos sobre su persona eran signos del inconsciente del paciente, signos de sus propios complejos. En esta propuesta, Bonoris (2016) señala que lo que está en juego es “la pureza del inconsciente del analista” (pp. 41), puesto que una de las partes es la que emite los complejos inconscientes y otra, la que recibe, es por lógica, quién tiene un inconsciente “preparado para ello, despojado de complejos y fantasías” (pp.41). Esto llevó a tomar al analista como un instrumento de medición para los complejos de los pacientes, llegando incluso a extremos como diagnosticar una psicosis por medio de una intuición del analista que es quien recibe una transferencia que se caracteriza por ser masiva.

La transferencia en Lacan

I

En *Intervención sobre la transferencia* (1951) Lacan realiza una lectura crítica del caso Dora ya que es el primer caso en el que Freud reconoce que el analista tiene una parte fundamental en la lógica transferencial. Hasta entonces Freud consideraba que por medio de este mecanismo el paciente depositaba en la figura del analista imagos infantiles, pero este caso “es la primera vez que Freud da el concepto del obstáculo contra el que ha venido a estrellarse el análisis bajo el término de transferencia” (Lacan, 2003, pp.207).

Lacan desarrolla que el fundamento del análisis como tal está constituido por un discurso, un discurso que con la mera presencia del analista ya se aporta la dimensión del diálogo, incluso previo a cualquier intervención por parte del mismo.

Esta dimensión de diálogo hace que el psicoanálisis sea entendido como una experiencia dialéctica: una experiencia donde hay dos elementos y aquello que se construye se construye en relación a los mismos. Esto supone una visión contraria a la del analista como observador de un inconsciente propio de un sujeto que consulta. De esta manera ya no se trata de una experiencia donde uno relata lo que le sucede sino una experiencia dialéctica en donde interactúan dos lugares distintos, y que en esa interacción es que se produce el sujeto que constituye al psicoanálisis.

Si el análisis es una experiencia dialéctica entonces, según Lacan, se debería pensar lo mismo de la transferencia. Esto modifica la idea freudiana y post-freudiana de la transferencia en términos unilaterales: de las imagos primitivas del paciente hacia el analista. Si la transferencia funciona en términos dialécticos ¿qué función cumple el analista en la misma?, pregunta que Lacan intenta responder a lo largo del texto.

Al ser la transferencia una experiencia dialéctica, la misma se compone de dos elementos centrales con los cuales Lacan analiza el caso Dora:

- 1) *Desarrollos de la verdad*: momentos donde se plantea en el dispositivo algo en el orden de la verdad, son elementos fundamentales que se plantean en torno a lo que va diciendo Dora.
- 2) *Inversiones dialécticas*: giros que propicia Freud a través de sus interpretaciones.

De esta forma se sucede un desarrollo de la verdad y una inversión dialéctica, que propone un nuevo desarrollo de la verdad, y así sucesivamente.

Primer desarrollo de la verdad refiere a lo que Dora trae como hipótesis de su enfermar, de lo que ella considera que es lo que le pasa, especificando que “todo es verdadero y correcto (...) ¿qué podría usted modificar?, pues es tal como se lo he contado” (Freud, 1992, pp. 32). Lacan refiere que este primer desarrollo gira en torno a que:

La señora K..., y su padre son amantes desde hace tantos y tantos años y lo disimulan bajo ficciones a veces ridículas. Pero el colmo es que de este modo ella queda entregada sin defensa a los galanteos del señor K..., ante los cuales su padre hace la vista gorda, convirtiéndola así en objeto de un odioso cambalache (2003, pp. 207)

Ante este *primer desarrollo de la verdad*, Freud propicia una *primera inversión dialéctica* por medio de su interpretación: "mira, le dice, cuál es tu propia parte en el desorden del que te quejas" (Lacan, 2003, pp. 208).

Esta *primera inversión dialéctica* propicia el *segundo desarrollo de la verdad*: “no es solo por el silencio, sino gracias a la complicidad de Dora misma, más aún: bajo su protección vigilante, como pudo durar la ficción que permitió prolongarse a la relación de los dos amantes” (Lacan, 2003, pp. 208).

Dora no funcionaba con cierta complicidad únicamente, sino que, de cierta manera, protegía esa relación. Esto abre lugar a la *segunda inversión dialéctica* propiciada por Freud: “opera con la observación de que no es aquí el objeto pretendido de los celos el que da su verdadero motivo, sino que enmascara un interés hacia la

persona del sujeto-rival, interés cuya naturaleza mucho menos asimilable al discurso común no puede expresarse en él sino bajo esa forma invertida” (Lacan, 2003, pp. 209).

Esta es la gran propuesta de Freud, ya que llega a la conclusión de que el interés de Dora no tenía tanto que ver con el señor K... sino que en realidad se dirigía a la señora K... Era este sujeto-rival el que realmente cautivaba su atención.

Aquí se desarrolla el *tercer desarrollo de la verdad*: la atracción fascinada de Dora hacia la señora K... Este es el punto hasta donde se desarrolla el caso, ya que estrictamente hablando en este tercer desarrollo es que Dora interrumpe su continuación en el tratamiento.

Lacan propone que si Freud no se hubiese encontrado con el problema transferencial-contratransferencial, hubiera podido realizar una *tercera inversión dialéctica* que sería:

la que nos daría el valor real del objeto que es la señora K..., para Dora. Es decir, no un individuo, sino un misterio, el misterio de su propia femineidad, queremos decir de su femineidad corporal, tal como aparece sin velos en el segundo de los dos sueños cuyo estudio forma la segunda parte de la exposición del caso Dora (Lacan, 2003, pp. 209).

Lacan propone que lo que Dora sentía no era tanto una atracción homosexual por la señora K... como plantea Freud, sino que la misma se le presenta como una interrogante ¿qué es una mujer?, ¿cuál es el misterio de la femineidad?, ¿cómo hace una mujer para atraer a un hombre? La condición de fondo en Dora es poder aceptarse como un objeto de deseo del hombre, motivo que alimenta su idolatría por la señora K... Esta interpretación nunca pudo ser llevada a cabo por Freud ya que el análisis se terminó por un problema transferencial. Lacan expresa que:

Si Freud en una tercera inversión dialéctica hubiese pues orientado a Dora hacia el reconocimiento de lo que era para ella la señora K..., obteniendo la confesión de los últimos secretos de su relación con ella, ¿qué prestigio no habría ganado él mismo (...), abriendo así el camino al reconocimiento del objeto viril? (Lacan, 2003, pp. 211).

En resumen:

	Desarrollo de la verdad	Inversión dialéctica
1°	El padre de Dora y la señora K. son amantes. Dora queda librada a un intercambio amoroso con el señor K. para que esta relación pueda continuar.	¿Qué papel juega Dora en el desorden del cual ella se queja?
2°	Gracias a la complicidad y vigilancia de Dora es que la relación entre los amantes pudo durar tanto tiempo.	Su verdadero motivo no lo dan los celos hacia su padre, sino que esto oculta su interés por el sujeto-rival: señora K.
3°	Atracción fascinada de Dora hacia la señora K.	El valor real que oculta la señora K no es un individuo sino el misterio por la propia femineidad. ¿Qué es ser una mujer?

Freud considera, al igual que Lacan, que el tratamiento se vio interrumpido por un problema transferencial-contratransferencial, aunque difieren en los motivos del mismo.

La hipótesis que trabaja Freud es que de alguna forma Dora habría armado una igualdad entre Padre-Señor K.-Freud, lo que explicaría el motivo por el cual ella decide interrumpir el tratamiento, no pudiendo, según él, interpretar esto en el momento en que ella abandona efectivamente. Ante esto, en su epílogo, Freud detalla que:

Yo no logré dominar a tiempo la transferencia; a causa de la facilidad con que Dora ponía a mi disposición en la cura una parte del material patógeno, olvidé tomar la precaución de estar atento a los primeros signos de la transferencia que se preparaba con otra parte de ese mismo material, que yo todavía ignoraba (1992, pp. 103)

Lacan realiza una crítica en este punto ya que para él no es Dora quien lo posiciona en ese lugar Padre-Señor K. sino que es el mismo Freud quien se ubica allí.

Freud en razón de su contratransferencia vuelve demasiado constantemente sobre el amor que el señor K... inspiraría a Dora (...). La sesión en que cree haberla reducido a “no contradecirlo ya” y al final de la cual cree poder expresarle su satisfacción, Dora la concluye en un tono bien diferente. “No veo que haya salido a luz nada de particular”, dice, y es al principio de la próxima cuando se despedirá de él (Lacan, 2003, pp. 213).

¿Qué es la transferencia y la contratransferencia para Lacan en este momento de su obra? Los desarrollos post-freudianos y klenianos se centran en la idea de que la contratransferencia son aquellos sentimientos que se despiertan en el analista con respecto a la transferencia del paciente. Por ejemplo, si un paciente fuese “aburrido” transferencialmente deposita eso sobre el analista y contratransferencialmente el analista empieza a sentir la sensación de “aburrimiento” en esa sesión. A grandes rasgos la contratransferencia es el resultado de la transferencia.

Lacan propone lo contrario a estos desarrollos, en donde la transferencia aparece como un efecto relativo a la contratransferencia del analista, y no inversamente. Esta contratransferencia sería definida por Lacan como la suma de los prejuicios, las pasiones, las dificultades y la ignorancia del propio analista.

Cuando el analista no puede seguir haciendo funcionar la dialéctica del tratamiento por un problema contratransferencial es que aparece la transferencia, por tanto, no refiere a algo real en el sujeto. Interpretar la transferencia “no otra cosa que llenar con un engaño el vacío de ese punto muerto. Pero este engaño es útil, pues, aunque falaz, vuelve a lanzar el proceso” (Lacan, 2003 pp.214). Aunque no es verdadero es cierto que vuelve a reanimar el proceso dialéctico dentro del dispositivo, ese que se había estancado como resultado de la contratransferencia, como resultado de un error del analista “aunque sólo fuese el de querer demasiado el bien del paciente, cuyo peligro ha denunciado muchas veces Freud mismo” (Lacan, 2003, pp. 215).

La transferencia se vuelve importante como herramienta para “indicar los momentos de errancia y también de orientación del analista, -el mismo valor para volvernos a llamar al orden de nuestra papel: un no actuar positivo con vistas a la

ortodramatización de la subjetividad del paciente” (Lacan, 2003, pp. 215). La transferencia aparece por tanto como una especie de norte para el analista, ya que sirve para mostrar cuando se está llevando de forma correcta el dispositivo y cuando no, cuando el analista debe retomar el curso de lo que es verdaderamente su función dentro del mismo.

II

En el seminario “*La transferencia*” (1960-1961) Lacan plantea que lo esencial de la transferencia es el amor, por lo que, de esta forma recurre al *Banquete* de Platón (384–379 a. C.) para poder interrogarse sobre su naturaleza. Especifica que “al comienzo de la experiencia analítica (...), fue el amor (Lacan, 2008, pp. 12) y refiere que “el problema del amor nos interesa en la medida que nos permitirá comprender qué ocurre en la transferencia – y, hasta cierto punto, a causa de la transferencia” (Lacan, 2008, pp. 47).

En “*El banquete*” Platón narra por medio de Apolodoro una historia que tuvo lugar quince años antes, extrayendo de su memoria algo que se le había contado en otra oportunidad. Este texto gira en torno a la celebración de un banquete, los cuales imponían la costumbre de que cada participante, hombre y de elite, realizara su aporte en relación a la discusión de un tema central. Lacan define al mismo como “una ceremonia con reglas, una especie de rito, de concurso íntimo entre gente de elite, un juego de sociedad” que acostumbraban a ser practicadas “según las localidades de Grecia y, digamos, el nivel de cultura” (Lacan, 2008, pp. 31). Este simposio en particular se realiza en la casa de Agatón, quien ha ganado una olimpiada de poesía, en donde se desarrollan seis discursos como elogio a Eros, el dios del amor. A esto se le agrega la interrupción de Alcibíades borracho, quien dirige su discurso a Sócrates. Este banquete se abre con la particularidad de que se ha impuesto la regla de no beber demasiado puesto que la mayor parte de las personas que allí se encontraban ya habían consumido en demasía la noche anterior (lo cual era lo que se acostumbraba), aunque también esta imposición se realiza por la importancia del tema del cual se disponen a discutir.

Fedro es el que abre la serie de discursos, en donde desarrolla la naturaleza de Eros. Expresa que el mismo es el dios más antiguo, que no posee madre ni padre, y que “es el causante de los mayores bienes para los hombres, tanto en la vida privada como en la comunidad estatal” (Martínez en Platón, 1988, pp. 167). Por otra parte, expresa que es “el único por el que están dispuestos los amantes a morir, como lo demuestran los ejemplos míticos de Alceste, Orfeo y Aquiles” (Martínez en Platón, 1988, pp. 167).

El discurso de Pausanias gira en torno a que al igual que Afrodita, Eros no es un dios unitario, sino que hay dos: el celeste y el popular. “El Eros popular prefiere más el cuerpo, mientras que el celeste ama más el alma” (Martínez en Platón, 1988, pp. 168)

A continuación de Pausanias debía de hablar Aristófanes primero, pero este contrae un ataque de *hipo* que le impide poder continuar, por lo que Erixímaco toma su lugar. En su discurso toma la división hecha por Pausanias, agregando que esta reacción ante lo bello no se limita a lo humano, sino que se extiende a toda la naturaleza e incluso a lo inanimado. “Admite también un Eros bueno y otro malo, pues la distinción de lo sano y de lo enfermo es visible en la vida misma” (Martínez en Platón, 1988, pp. 169).

El discurso de Aristófanes, el comediante, es el más conocido popularmente, y se construye por medio del mito del andrógino:

“la forma de cada persona era redonda en su totalidad, con la espalda en los costados en forma de círculo. Tenía cuatro manos, mismo número de pies que de manos y dos rostros perfectamente iguales sobre un cuello circular. Y sobre estos dos rostros, situados en direcciones opuestas, una sola cabeza, y además cuatro orejas, dos órganos sexuales” (Platón, 1988, pp. 222).

Eran tres los sexos de los andróginos: masculino-masculino que era descendiente del sol, femenino-femenino de la tierra y femenino-masculino de la luna. Sus movimientos eran circulares, y poseían una fuerza y una velocidad superiores.

Su orgullo los llevó a la ira de los dioses que decidieron cortarlos en dos mitades, y al ver que estos comenzaron a morir en la melancolía por reintegrarse a esa unidad originaria imposible es que crean a Eros y además modifican a la parte frontal los órganos reproductivos. La creación del amor les generaría a los humanos la ilusión de

poder volver a ser uno en esa búsqueda por la otra mitad, búsqueda que no es hacia adelante sino hacia atrás, hacia el estado de plenitud anterior donde no había *falta*.

A Aristófanes le sigue Agatón, el poeta. Su discurso se centra en la naturaleza de Eros para luego describir sus dones. Se considera que este discurso es el más pobre de contenido de los presentados, ya que su mayor aporte es que Eros se ocupa siempre de su belleza (Martínez en Platón, 1988, pp. 172).

Sócrates, por medio de su método interrogativo, le realiza a Agatón una serie de interrogantes: “¿Es Eros amor de algo o de nada? (...) ¿Desea Eros aquello de lo que es amor o no? (...) ¿Y desea y ama lo que desea y ama cuando lo posee, o cuando no lo posee?” (Platón, 1988, pp. 241). Su elogio tiene como particularidad ser una transmisión de las enseñanzas que recibió de la sabia Diotima tiempo atrás, demostrando de esta forma que “en su saber (...), en lo referente al amor, solo hay discurso partiendo del punto donde él no sabía” (Lacan, 2008, pp. 157). Martínez (en Platón, 1988, pp. 173) enumera los siguientes puntos como los esenciales en la intervención de Sócrates:

- 1) “Eros no es ni bello ni feo, ni bueno ni malo, sino algo intermedio”. Tampoco es un dios sino un demonio que actúa como intermediario entre mortales y dioses.
- 2) Se origina de Penia (pobreza) y Poros (recurso), por lo que posee las características de ambos progenitores:

En primer lugar, es siempre pobre, (...) duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, un formidable mago, hechicero y sofista (Platón, 1988, pp. 249).

Este mito relata que, en el nacimiento de Afrodita, Penia que no había entrado en el festejo por no tener nada que ofrecer se queda sentada en las escaleras. Cuando Poros sale, luego de haberse embriagado en exceso se duerme, ella se hace embarazada por él, surgiendo, por tanto, Eros. Lacan (2008) señala que Penia

“no es reconocida en absoluto, no tiene en sí misma ninguno de los bienes que le darían el derecho a la mesa de los que están” (pp.151), además de encontrarse en un tiempo lógico anterior al nacimiento del amor.

- 3) “Quien desea lo que es bello y bueno desea que sea suyo para siempre. En realidad, todo deseo es deseo de lo bueno, y en último extremo Eros es deseo de poseer siempre lo bueno”.
- 4) Los humanos desean la inmortalidad, por esto es que realizan todo tipo de actos para que su nombre perdure más allá de su muerte, explicando de esta forma por ejemplo los sacrificios de Alceste y de Aquiles. Otra de las maneras de conseguir esto es por medio de la procreación y de las artes:

los que son fecundos según el alma... pues hay, en efecto -dijo-, quienes conciben en las almas aún más que en los cuerpos lo que corresponde al alma concebir y dar a luz. ¿Y qué es lo que le corresponde? El conocimiento y cualquier otra virtud, de las que precisamente son procreadores todos los poetas y cuantos artistas se dice que son inventores (Platón, 1988, pp. 259).

En el discurso de Sócrates se puede observar como *la falta* es constitutiva de la relación amorosa. Este no saber que despliega “resulta una razón de estructura para la producción de saber. La erótica que despliega el amor griego (...) *erastés* y *eromenós* (...) es lo que va a brindar algunas pistas acerca del objeto que está en juego en distintos pares: maestro-discípulo, analista-analizante” (Behetti y Fernández 2008, p. 43-44). El discurso de Sócrates nos remite constantemente que “el amor es dar lo que no se tiene”, además de que nos “permite articular lo que ocurra con el amor en el plano de la pareja formada respectivamente por el amante y por amado” (Lacan, 2008, pp. 45). El amante o *erastés* es el que busca aquello que le falta y del cual no sabe qué es, y por su parte, el amado o *eromenós* es el “el único que, en dicha pareja, tiene algo” (ídem).

Al terminar su discurso Sócrates, el banquete se ve interrumpido por Alcibíades exaltado y en estado de embriaguez. Su interrupción provoca un quiebre en la lógica de los diálogos que se venían sucediendo anteriormente, ya que su discurso no va a girar en torno a Eros, sino que va a realizar un elogio a Sócrates, su amor.

En adelante (...) de lo que se hará el elogio ya no será del amor, sino del otro y, más en particular, cada uno de su vecino de la derecha. (...) Si se va a

tratar de amor, ello será en acto, y lo que tendrá que manifestarse es la relación de uno con otro (Lacan, 2008, pp. 162).

En su discurso, Alcibíades compara a Sócrates con la figura de un sileno que en su interior guardan estatuillas de dioses, un ágalma, además de describir el efecto que sus enseñanzas morales causan en él. Por otra parte, narra la anécdota del intento de seducción por parte de Sócrates cuando Alcibíades era un adolescente, “hecho en el que Sócrates se mostró como verdaderamente es; aparentemente ama a los jóvenes bellos, pero, en realidad, lo que le interesa de ellos es su valía interior” (Martínez en Platón, 1988, pp. 175). Ante estos elogios de Alcibíades, Sócrates le responde:

si efectivamente es verdad lo que dices de mí y hay en mí un poder por el cual tú podrías llegar a ser mejor. (...) pretendes adquirir lo que es verdaderamente bello a cambio de lo que lo es sólo en apariencia, y de hecho te propones intercambiar «oro por bronce». Pero, mi feliz amigo, examínalo mejor, no sea que te pase desapercibido que no soy nada. La vista del entendimiento (...) empieza a ver agudamente cuando la de los ojos comienza a perder su fuerza, y tú todavía estás lejos de eso (Platón, 1988, pp.277).

Esta respuesta enfurece a Alcibíades, quien aconseja a Agatón mantener distancias de Sócrates. Por su parte, Sócrates le señala que todo lo que ha pronunciado ha sido con el propósito de que Agatón sea amado por él, y por nadie más. “Lo que nos dice Sócrates es que Agatón estaba presente como objetivo en todas las circunlocuciones de Alcibíades, y que todo su discurso se iba enroscando alrededor de él” (Lacan, 2008, pp. 186).

En este seminario sobre la transferencia, Lacan señala aquellos puntos en los cuales se diferencia con la concepción post-freudiana. Distingue por un lado que se debe sospechar de lo que en apariencia constituye el fenómeno connotado como transferencia positiva o negativa, siendo los mismos del “orden de la colección y del nivel de ese discurso cotidiano en el que, no sólo un público más o menos informado, sino nosotros mismos, nos referimos” (Lacan, 2008, pp.200).

Lacan relaciona la transferencia con el automatismo de repetición, y la introduce, con “*El banquete*” mediante, en relación al amor. Refiere que la repetición no es una simple reproducción en donde el sujeto es pasivo, sino que “es una reproducción en acto, entonces hay en la manifestación de la transferencia algo creador”

(Lacan, 2008, pp. 202). Señala que la transferencia es una fuente de ficción ya que “el sujeto fabrica, construye algo” (Lacan, 2008, pp.203), pero, ¿qué es lo que fabrica y para quién? Ante esto, señala que estas ficciones son creadas para ser escuchadas por un Otro “que está ahí, aunque no se sepa” (Lacan, 2008, pp.203). Evans (1998, pp. 168-169) refiere a que la manifestación en la cura analítica de la compulsión de repetición se manifiesta por medio de la transferencia, en donde:

Lacan pone mucho énfasis en este aspecto simbólico de la transferencia, diferenciándolo de su dimensión imaginaria (los afectos de amor y odio (...)). Sin embargo, señala que, aunque es posible que la compulsión de repetición se ponga de manifiesto de modo más claro en la transferencia, no se limita a ella (...) La repetición es la característica general de la cadena significativa, la manifestación del inconsciente en todo sujeto, y la transferencia es sólo una forma muy especial de repetición (es decir, es la repetición dentro de la cura psicoanalítica, que no puede equipararse sencillamente con la compulsión de repetición en sí).

Otro de los conceptos de los cuales realiza una crítica es el referido a la contratransferencia. Refiere que el mismo ha llevado a lo que él llama el ideal estoico, el cual se caracteriza por una apatía que “exige que el sujeto permanezca insensible tanto a las seducciones como a las sevicias eventuales de ese otro con minúscula, exterior, en la medida en que ese otro (...) siempre tiene sobre él algún poder, pequeño o grande, aunque sólo sea el poder de estorbarle con su presencia” (Lacan, 2008, pp. 213). Se pregunta cómo es posible que el análisis del propio analista podría hacerlo insensible al surgimiento de ciertos pensamientos hostiles o amorosos en relación a su paciente, e invierte la relación, poniendo en cuestión la idea de que cuanto más analizado se encuentre el analista “más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión, o de repulsión” (Lacan, 2008, pp. 214). Refiere que la contratransferencia no es más que un efecto de la transferencia por sí misma, no algo diferenciado a ella y propio del analista.

A propósito de la transferencia, Lacan nos dice que la misma empieza en el amor, pero no el amor en términos afectivos de lo que el paciente pueda sentir por su analista, sino en términos dialécticos. Esta dialéctica refiere a un interjuego de personajes que van a ocupar ciertos lugares, y que se va a ir modificando la posición de esos personajes respecto a esos lugares. Implica por tanto el lugar del amante y del

amado, con los personajes del analizante y el analista. Entre el erastés y el eromenós existe una disparidad subjetiva, que “en lo esencial destaca que aquello de lo que se trata va más allá de la simple noción de una disimetría entre los sujetos. Se rebela (...) de entrada, contra la idea de que la intersubjetividad pueda proporcionar por sí sola el marco donde se inscribe el fenómeno” (Lacan, 2008, pp.11).

Para que la transferencia pueda instalarse es necesario el movimiento de la metáfora del amor que “se produce en la medida en que la función del *erastés*, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del *eromenós*, el objeto amado – ocupa su lugar” (Lacan, 2008, pp. 51). La transferencia no es por tanto un vínculo entre dos personas, sino que se va a poder instalar allí donde se produzca esta metáfora, donde se produzca la significación del amor. Para que esta metáfora pueda sucederse se requiere de la *abstención*, que implica un no responder a la demanda que el analizante trae, ya que cuando el analista lo hace está respondiendo desde sus propios ideales.

la demanda no es explícita (...) el sujeto la oculta, es como si tuviera que ser interpretada. Y ahí está la ambigüedad. En efecto, nosotros, que la interpretamos, respondemos a la demanda inconsciente en el plano de un discurso que es para nosotros un discurso concreto. Ahí es donde está el sesgo, la trampa. (Lacan, 2008, pp. 228-229).

El no responder a la demanda va a generar que el analista se constituya en un lugar agalmático, en donde el analizante se va a ver atraído por algo que le resulta enigmático, indescifrable, y le va a generar un interés por analizarse (distinto al motivo de consulta). El paciente va a suponer, por tanto, que el analista encierra algo preciado, un saber. De esta forma es que la transferencia es la presentación en acto de la lógica de un análisis.

La cuestión de la transferencia implica una complejidad que no puede limitarse a la figura del paciente, sino que se articula con el deseo del analista. Operar desde este deseo consiste en una posición de vacío en el lugar del analista para producir el deseo del paciente, y desde allí advenga como deseo del Otro: “en términos de longitud y de latitud, las coordenadas que el analista ha de ser capaz de alcanzar para, simplemente, ocupar el lugar que le corresponde, definido como aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro” (Lacan, 2008, pp. 125). Aquí es donde adquiere relevancia “*El banquete*” en relación a Sócrates y el lugar que este ocupa en la *díada* con Alcibíades. Lacan señala que Sócrates se aparta de la

demanda de amor de Alcibíades porque sabe que él no posee esas cualidades, sino que son ficciones que éste mismo le transfiere, por lo que en este seminario se ubica a Sócrates en la posición del analista. “Sabe que está en juego en las cosas del amor, incluso es, nos dice, lo único que sabe. Y nosotros diremos que si Sócrates no ama es porque sabe” (Lacan, 2008, pp. 181). Lo que está en juego en Sócrates es que nunca pretendió saber nada a no ser sobre Eros, el amor.

III

Lacan desde sus comienzos posee una actitud crítica hacia los desarrollos post-freudianos, pero a partir de verse confrontado por su propia comunidad analítica, la International Psychoanalytical Association (IPA), es que en 1963 se produce un quiebre en sus enseñanzas. Este quiebre, que por un lado no le permite impartir sus enseñanzas dentro de la IPA, le sirve a Lacan como punto de partida para poder proponer cuestiones que se diferencian de los planteos ya consagrados por los psicoanalistas.

Es a partir de “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” (1964) que Lacan realiza abiertamente las críticas a ciertos *clichés* y formas de entender al sujeto que circulan dentro de la comunidad analítica.

Uno de los conceptos que se abordan en este seminario es el de la transferencia, un concepto que importa en la medida en que define la forma en que se considera y se trata al sujeto. Lacan desarrolla dos formas en que el término es utilizado:

- Por un lado, dentro de la opinión pública es definida como un afecto, calificándose de positiva (“falso amor”) o negativa (“ambivalencia”).
- Otra de las maneras de concebir a la transferencia es como aquello que “estructura todas las relaciones particulares con ese otro que es el analista, y que el valor de todos los pensamientos que graviten en torno a esa relación debe ser connotado con un signo de reserva muy particular” (Lacan, 2010, pp.130).

Para poder comprender sobre la transferencia en este seminario es necesario recurrir a la definición de inconsciente para Lacan. Por un lado, este concepto no puede separarse de la presencia del analista, ya que es una manifestación del mismo, y por otro es definido como “la suma de los efectos de la palabra sobre un sujeto, en el nivel que el sujeto se constituye por los efectos del significante” (Lacan, 2010, pp. 132). Un sujeto para Lacan no designa a un ser viviente como necesario para que se produzca el

fenómeno subjetivo, tampoco implica alguna sustancia “ni ningún ser del conocimiento en su patía, segunda o primitiva, ni siquiera el logos encarnado en alguna parte, sino el sujeto cartesiano, que aparece en el momento en que la duda se reconoce como certeza” (Lacan, 2010, pp. 132), aunque de una forma más amplia y con mayor sumisión en cuanto a la certeza que marca. La causa inconsciente, es por tanto, “una función de lo imposible sobre la cual se funda una certeza” (Lacan, 2010, pp. 135).

Es importante poder retornar a las concepciones freudianas sobre el término de transferencia para poder comprender sus diferentes derivaciones, y las distintas problemáticas que las mismas acarrear. Una de las dificultades que trae consigo la definición de Freud sobre la transferencia es confundirla con el propio concepto de la repetición, ya que aquello que “no puede ser rememorado se repite en la conducta” (Lacan, 2010, pp. 135) y el analista es quien ofrece esa reconstrucción. Freud cuando introduce la función de la transferencia le presta suma atención a la *causa* de la misma, e indica que en esencia resiste, es por tanto, un medio por el cual la comunicación del inconsciente se interrumpe. En relación a esto último, Lacan señala que en Freud se da una paradoja, puesto que por un lado es definida como lo opuesto a la trasmisión del inconsciente y por otro se señala con frecuencia que el analista debe esperar a que surja la transferencia para poder comenzar con la interpretación. Entre estas dos partes de la paradoja existe una línea divisoria entre la buena y la mala manera de entender el concepto de la transferencia que derivan en diversas formas de entenderla que, según Lacan, no se excluyen necesariamente sino que pueden ser delimitadas en distintos niveles. Pero, por otro lado, se encuentra una forma de concebirla que contamina la práctica, ya que la misma procura que el análisis de la transferencia se dé dentro: “de una alianza con la parte sana del yo del sujeto, y consiste en invocar su sensatez para hacerle notar el carácter ilusorio de algunas de sus conductas en el ámbito de la relación con el analista” (Lacan, 2010, pp. 136). Recurrir a “la parte sana del sujeto” supone desconocer que esa es la parte implicada en la transferencia, por eso en este momento es que se vuelve sustancial la interpretación ya que “el discurso del Otro que hay que realizar, el del inconsciente, no está detrás del cierre, está afuera. Es quien pide, por boca del analista, que vuelvan a abrir los postigos” (Lacan, 2010, pp. 137).

¿Qué es por lo tanto la transferencia?

Por un lado, es un fenómeno que incluye tanto al analista como al analizado, y separarlos a ambos en los términos de transferencia-contratransferencia “nunca pasa de ser una manera de eludir el meollo del asunto” (Lacan, 2010, pp. 239).

Por otra parte, este fenómeno se da en la medida en que existe en algún lugar el sujeto al que se supone al saber, y el analista ocupa este lugar por ser objeto de la transferencia, de tal forma que “se supone también que ira al encuentro del deseo inconsciente” (Lacan, 2010, pp. 243). Empero, Lacan señala que la experiencia nos ha demostrado que “el sujeto, al entrar a análisis no le concede, ni mucho menos, este lugar” (Lacan, 2010, pp. 241), ya que el paciente supone que el analista se verá engañado si ciertos elementos le son proporcionados, guardándose de esta forma para que éste no vaya demasiado rápido en sus interpretaciones. De lo que se trata en análisis no es otra cosa que del deseo, es para Lacan el eje por medio del cual se aplica la fuerza “que hay tras lo que se formula primero, en el discurso del paciente, como demanda, o sea, la transferencia. El eje, el punto en común de esta hacha de doble filo es el deseo del analista” (Lacan, 2010, pp. 243) Este deseo se constituye cuando el sujeto “ve el juego de una cadena significativa a nivel del deseo del Otro” (Lacan, 2010, pp. 243).

De esta forma, la naturaleza de la transferencia no remite a la sombra de algo vivido anteriormente. Es, por el contrario, en tanto se encuentra sujetado al deseo del analista que el sujeto desea engañarlo haciéndose amable para éste, y este efecto del engaño que se repite actualmente es el efecto de la transferencia. Lo que busca el analizante no es agradarle a su analista, “sino que cree que lo que analista piensa estaría en concordancia con su deseo” (Bonoris, 2016, pp. 44). Esto queda reflejado en lo que Lacan trabaja en su octavo seminario sobre que Alcibíades cree desear a Sócrates cuando en realidad desea a Agatón. Por tanto, “detrás del amor llamado de transferencia esta la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente” (Lacan, 2010, pp. 262).

Por último, cabe señalar que para Lacan la transferencia es donde la realidad del inconsciente se pone en acto, y esta realidad es la realidad sexual. Esto es ejemplificado con el famoso caso de Bertha Pappenheim, mejor conocida como Ana O., el cual es llevado adelante por Breuer entre diciembre de 1880 y junio de 1882. Lacan nos ilustra como el análisis de Ana, una joven de veintiún años que padecía una serie de diversos síntomas, se llevó a cabo de la mejor manera posible, pues ella lograba realizar asociaciones y la sexualidad no había interferido en el tratamiento. Pero, lo que sucede

es que de todas formas la *sexualidad* logra hacer un rodeo e ingresa a la escena por medio de la *figura de Breuer* luego de que el tratamiento había llegado aparentemente a su fin de forma “exitosa”. En estudios sobre la histeria, en el pie de página se relata que “cuando el tratamiento había llegado en apariencia a una consumación favorable, la paciente exteriorizó de pronto una intensa transferencia positiva no analizada hacia Breuer, de inequívoca naturaleza sexual” (Freud, 2000, pp. 64). Ana comienza a cursar un *embarazo de índole histérico conversivo*, ya que no existió ningún comercio de índole sexual entre ella y Breuer. Por otro lado, en su hogar su esposa le reclama *ocuparse en demasía por su paciente*, comenzando a mostrar signos de fastidio. Frente a esta situación, Breuer decide poner fin al tratamiento y realizar un viaje con su esposa a Italia, del cual ella vuelve *embarazada*. Lacan nos propone pensar a la inversa de la idea más difundida de que este embarazo psicológico de Ana respondería a un síntoma transferencial suyo, y por el contrario, posicionar a Breuer por medio de la fórmula “el deseo es el deseo del Otro” como el responsable de los síntomas que la misma presentó, y como aquel que deseaba tener un hijo. Esto implica que la transferencia se relaciona estrechamente con el deseo del analista, ejemplificado en el síntoma que presenta Ana O como ligado al deseo de Breuer de tener descendencia. Lacan, por medio de este ejemplo, muestra como “el analista podría suscitar en el inconsciente del analizante con su deseo, es decir, aquello que *cae* en el intervalo de lo que dice, lo que se manifiesta *más allá* de sus dichos” (Bonoris, 2016, pp. 44).

¿Qué es el deseo del analista?

El deseo del analista ya fue esbozado anteriormente junto con la transferencia, pues ambos conceptos se encuentran intrínsecamente relacionados. Considero de todas formas en que es importante resaltar esos puntos que hacen al deseo del analista un concepto de suma relevancia al psicoanálisis, pues lo que se entienda del mismo determina el tipo de clínica que se llevará a cabo.

Este concepto fue introducido por Lacan entre los seminarios 7 y 12, y en escritos contemporáneos. Luego desaparece de su obra “con algunas excepciones que, por sobre todo, nos recuerdan que su ausencia no es tal” (Bonoris, 2016, pp. 32). Esta noción no es un concepto en sí mismo, sino que “atrae, concentra, agrupa una serie de

intuiciones, enunciados, preguntas y dificultades teóricas y clínicas” (Bonoris, 2016, pp.31).

Existen diversas versiones sobre lo que implica el concepto *deseo del analista*. Por un lado Luciano Lutereau (en Bonoris, 2016, pp. 32) señala dos formas que habitualmente se entiende el concepto:

- 1) Desde una posición obsesiva como aquello relacionado al deseo de analizar, como algo que moviliza al sujeto a ejercer este rol.
- 2) Como aquel deseo que se relaciona con cuestionar las certidumbres del analizado, una especie de “pasión por ponerlo todo en cuestión”, el cual se trata de “intención histerizante” del asunto.

A estas formas que plantea Lutereau, Bonoris plantea otras dos que se relacionan con el pensamiento de Jacques-Alain Miller:

- 1) Como el “deseo de alcanzar lo real, de reducir al Otro a su real y de liberarlo del sentido” (Miller en Bonoris, 2016, pp. 33). Implica un deseo por mostrarle al sujeto la ficción que los mantiene adormecidos y les impide enfrentarse a lo real en sí mismo, despertarlos para enfrentarlos a la realidad que implica la “ausencia de relación sexual”. Es una definición nihilista, puesto que niega la posibilidad de conocimiento objetivo, negando la existencia o el valor de las cosas, y lo esencial se encontraría en no dejarse engañar por las ficciones. Lo que reside en esta forma de entender al deseo del analista, es que existe la figura de un sujeto que se encuentra advertido de todo esto, posicionado por tanto en un lugar superior en relación a aquel que se encuentra sumergido aún en ficciones que lo mantienen adormecido.
- 2) Deseo de búsqueda de lo singular de cada sujeto, basado en el ideal moderno de originalidad, ideal que encierra una gran cuota de sufrimiento actualmente. Bonoris plantea que esta posición responde a la definición de locura dada por Lacan, como aquella “identificación inmediata con el ideal, una seducción del ser, el advenimiento de ‘yo soy esto que no es como los demás’” (2016, pp. 34).

Por otra parte, Serge Cottet (1984) resalta que el concepto de la contratransferencia ha oficiado durante mucho tiempo como respuesta a lo que debe ser el yo del analista, dejando de lado las consideraciones sobre la responsabilidad del

mismo en la conducción de la cura. Con el concepto de contratransferencia no se ha tomado en cuenta lo que el analista podía transferirle al analizado, ni cómo el analista forma parte del síntoma. “¿Qué es la neurosis de transferencia sino la neurosis del analista?” (Lacan en Bonoris, 2016, pp.42)

Teniendo en cuenta la definición de deseo, este concepto se sitúa en el registro del Otro, y “es poniendo entre paréntesis su propio deseo personal, que esta función del deseo, como proveniente del lugar del Otro, se manifestará” (Cottet, 1984, pp. 157). Lacan indica los analistas no deben de “ocupar el lugar de objeto de deseo del analizante” ni deben de ser aquel que “indique cuál es ese objeto” sino que deben de “prestarse a una función deseante, ocupando un lugar vacío” (Bonoris, 2016, pp.46).

Pero, ¿cómo hace un analista para prestarse a ese lugar vacío?

El sujeto se halla con el deseo del Otro en los intervalos discursivos. Un discurso se compone por un mensaje, por lo que se entiende de ese mensaje y por un residuo que implica que este discurso sea ambiguo, un residuo que nos hace preguntarnos ¿qué me quieres decir con esto? Bonoris (2016) expresa que los amantes son aquellos que expresan de la mejor forma esa angustia que produce todo acto comunicativo, ya que estos sujetos padecen de una búsqueda infinita de un mensaje que no sea ambiguo, el cual nunca encuentran. De esta forma, los enamorados habitan constantemente la pregunta por el sentido de aquello que fue dicho, habilitando la pregunta por el deseo del Otro, por ese más allá de los efectos de sentido. Esto nos permite visualizar como ese amor que el analizante tiene por su analista no se dirige a su persona, sino con su saber en relación con el deseo.

Para que el analista ocupe ese lugar vacío es necesario en primera instancia que no comprenda, implica que asuma una posición de ignorancia e incompreensión en relación a cuál es el objeto de deseo del paciente “No hay forma de interpretarlos a no ser por la propia lógica del texto, por eso el analizante avanza, más y mejor, en la medida en que el analista “no sepa” qué es lo que el analizante desea” (Bonoris, 2016, pp.49). El analista no indica, por tanto, cual es el camino que debe de tomarse, sino que lo que busca es interrogar al sujeto en relación a cómo se desea, y para esto se ofrece como objeto parcial con la finalidad de revelar en que pulsión se fundamenta su síntoma. Por otro lado, debe de mantener distancia máxima entre el Ideal que lo

posiciona como objeto digno de ser amado y *a*, la causa deseante, que habilita la pregunta por las condiciones en que se desea.

Conclusiones:

Este trabajo parte de la dificultad que acarrea el concepto de transferencia, puesto que la misma posee diferentes definiciones que se centran en distintos aspectos y que incluso llegan a contraponerse. Este concepto es uno de los pilares del método psicoanalítico, y es de suma importancia poder trabajar en relación al mismo, ya que determina la concepción que se tiene de sujeto y moldea el tipo de clínica que se lleva a cabo.

Por una parte, es importante destacar que Freud lo ha conceptualizado tanto como un obstáculo o resistencia como un motor para la cura, poniendo énfasis en esos movimientos que se pueden producir durante el tratamiento. Estos movimientos fueron conceptualizados como transferencia positiva y negativa, conceptualizaciones con las que Lacan realiza un viraje.

Por otra parte, Freud destaca a la repetición como un elemento central en la transferencia. El sujeto repite en acto aquello que no recuerda, o dicho de otra forma, algo del pasado que se vuelve presente en la figura del analista. Ante esto señala que es por medio del manejo de la transferencia que se puede dominar la compulsión de repetición del paciente. Por último, Freud pone el acento en cómo debe de ser el manejo de la misma, previniendo del mal uso o abuso de los efectos del amor de transferencia, recordando que los mismos responden a la situación específica del análisis, por tanto, a una ficción construida dentro del mismo. Este último punto importa en la medida de que advierte a los analistas a no hacer uso de estos efectos, haciendo hincapié en los conceptos de neutralidad y abstinencia necesarios para llevar adelante la clínica desde este punto de vista. A su vez, señala que en el analista se despiertan determinados sentimientos en relación a su paciente, sentimientos que fueron englobados en el concepto de contratransferencia, los cuales responden a un único inconsciente: el del analizado. Dentro del mismo existen posiciones contrapuestas en relación a que se debe de hacer con estos sentimientos, ya que por un lado hay corrientes que sostienen que no son más que un obstáculo que debe ser expulsado para no sesgar el objeto de estudio, el inconsciente. Por otro lado, otras corrientes sostienen que como estos elementos

responden al inconsciente del analizado, deben de ser interpretados in situ dentro de la sesión.

En cuanto a Lacan, los conceptos tradicionales como transferencia positiva y negativa, contratransferencia, repetición, neutralidad y abstinencia sufren un viraje que proponen una nueva manera de entender lo que el concepto implica. De todas formas, Lacan ha ido generando cambios en su pensamiento a lo largo de su enseñanza, por lo que los textos trabajados implican un recorte dentro del mismo.

En los tres textos trabajados se puede apreciar como Lacan tiene una concepción dialéctica de la transferencia, lo que implica una visión distinta a la del analista como observador de un inconsciente que le pertenece al sujeto que consulta. Implica, por tanto, que el sujeto del psicoanálisis se encuentra en la interacción de estas dos posiciones. En *Intervención sobre la transferencia* propone que esta experiencia se compone de desarrollos de la verdad e inversiones dialécticas, mientras que en el octavo seminario enfatiza en el interjuego de los personajes del analista y el analizado ocupando los lugares móviles del erastés y eromenós.

Dentro del escrito *Intervención sobre la transferencia* de 1951, Lacan señala que la transferencia surge a partir de un cierre del inconsciente, en un momento donde las asociaciones se detienen. De esta forma es que plantea a la transferencia como una brújula por medio de la cual el analista se encontraría advertido sobre los momentos de errancia, ya que la misma aparecería como efecto de la contratransferencia. Esto implica que la transferencia aparecería cuando el analista no puede seguir haciendo funcionar la dialéctica del tratamiento por un problema contratransferencial.

Por otro lado, en el octavo seminario (1960-1961), Lacan enfatiza que la transferencia surge en el amor en términos dialécticos, y para que la misma pueda instalarse es necesaria la metáfora del amor que se produce por medio de la sustitución del erastés (sujeto de la falta) por la función del eromenós.

Por último, en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de 1964, la transferencia es donde la realidad del inconsciente se pone en acto, realidad que es sexual. Lacan ejemplifica esto con el famoso caso de Anna O. y Breuer.

En cuanto al deseo del analista, el mismo atravesó gran parte de este trabajo puesto que se encuentra intrínsecamente relacionado con la transferencia. Se trabajó la idea de que la transferencia no se limita a la figura del paciente sino que por el contrario se encuentra articulada con el deseo del analista. Este deseo implica que el analista opere desde una posición de vacío para poder así producir el deseo del analizado, y que desde allí advenga el deseo el Otro.

Como último punto, señalar que esto es solo un recorte de la transferencia, y que la misma fue adquiriendo diferentes enfoques a lo largo de la historia del psicoanálisis. Es importante señalar que la elección de lo que es la transferencia implica a su vez que tipo de clínica estamos construyendo, porque implica a su vez con qué tipo de sujeto estamos trabajando. No es lo mismo partir de un sujeto con un inconsciente al cual el analista va a interpretar, y donde aquello que se transfiere es solo del analizado, a pasar a una concepción que implique a ambas figuras en una disparidad subjetiva, y donde el deseo del analista tenga su importancia dentro del dispositivo. Por ejemplo, la contratransferencia ha acarreado consigo un ideal estoico que se caracterizó por la apatía, y esto generó efectos en cómo eran percibidos los pacientes y la forma en que el analista se dirigía a ellos. Incluso, los efectos no solo se limitaron a la clínica dentro de la sesión, sino que por el contrario moldeó el tipo de supervisión que se llevaba adelante. Esto implica que se deben tomar posicionamientos en relación a lo que la transferencia significa, posicionamientos que van a dar un marco con el cual operar y desde donde entender los padecimientos con los cuales se trabaja. Queda abierta la posibilidad de investigar en relación a los efectos clínicos que acarrearán las distintas formas de entender la transferencia.

Bibliografía

Alvarez, I. (2012). La transferencia: un recorrido en la obra de Freud y Lacan. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Behetti, P. y Fernández, A. (2008). “Del amor y el deseo en Psicoanálisis”. En Bettini, M., Bruno, G., Carrasco, O. y Novas, M. (Comps.): Letras abiertas del psicoanálisis. Teoría y clínica. Montevideo: Psicolibros – Waslala.

- Bonoris, B. (2016). El deseo del analista en la obra de Jacques Lacan. Verba Volant. Revista de Filosofía y Psicoanálisis. <https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/FiliyPsi/article/view/310>
- Evans, D. (1998). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Paidós.
- Freud, S. (2000). Obras Completas - Tomo II Estudios Sobre La Histeria. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* En: Obras Completas, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En: Obras Completas, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991). *Recordar, repetir, reelaborar*. En: Obras Completas, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901])*. En: Obras Completas, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2003). “Intervención sobre la transferencia”. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008). *Seminario 8. La transferencia (1960-1961)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2010). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (2016) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Macalpine, I. (1950). El desarrollo de la transferencia. *Affectio Societatis*, vol. 16 (30). 225-263
- Platón. (1988). *Diálogos* (1.^a ed., Vol. 3). Gredos.
- Real academia española: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.3 en línea]. <<https://dle.rae.es/transferencia>> [20 de julio 2020].

Tumas, D. (s.f) Introducción a la temática de la contratransferencia.